

la guerra ó la paz : *elegid*. Exclamaron al momento con no menos orgullo : *Elegid vosotros mismos*. Entonces Fabio volvió atrás dejando caer su toga : *Os doy la guerra*. — Y bien, le respondieron al momento, *la aceptamos, y como la hemos aceptado, sabremos sostenerla*. La segunda guerra púnica iba á principiar.

CAPITULO V.

Historia de la segunda guerra púnica (1).

(218-201.)

Tito Livio, al principiar la relacion de esta gran guerra, dice que no hubo otra tan memorable, porque jamás se vieron batirse ciudades mas poderosas, ni naciones mas belicosas. Roma y Cartago desplegaron en esta nueva lucha todo lo que la primera guerra púnica les habia hecho experimentar en el arte militar. Así es que los acontecimientos de esta segunda guerra son vivos en todos los recuerdos. No hay nadie que haya dejado de estudiar con placer esta célebre expedicion de Anibal contra Roma, estos sublimes esfuerzos de un grande hombre contra un gran pueblo. Porque, por una parte, como dice Montesquieu, cuando se examinan bien esa multitud de obstáculos que se presentaron delante de Anibal, y que este hombre extraordinario sobrepusó, se ve el mas bello espectáculo que nos ofrece la antigüedad. Por otra parte, Roma admira y encanta por la constancia y la fuerza prodigiosa de sus instituciones. Se muestra heróica en las mayores desgracias, y cuando la fortuna la abandona, sus valerosos esfuerzos, su obstinada perseverancia hacen presentir que le está reservado el éxito definitivo.

§ I. Desde la expedicion de Anibal á Italia hasta la batalla de Cañas (218-216).

Marcha de Anibal (218). Anibal, despues de haber enviado emisarios á la Gália Cisalpina para hacer alianza con los Boyenos é Insubrios, y haberse asegurado en la Transalpina un paso hasta los Alpes, atravesó el Ebro, y llegó á la cumbre de los Pirineos, á pesar de los pueblos iberios que no

(1) AUTORES QUE SE PUEDEN CONSULTAR : Polibio; su relacion se detiene en la batalla de Cañas; para los acontecimientos posteriores solo se poseen fragmentos. Tito Livio, l. XXI-XXX. Apiano, quien eligió á Polibio por guia y modelo, ha descrito estas guerras. Plutarco, *Vidas de Fabio Máximo y de Marcelo*. Entre los modernos: Duruy, Michelet, Dumont, etc.

cesaron de atacarle durante su marcha. Cuando las tribus del mediodía de la Gália vieron que este terrible ejército descendía el vertiente setentrional de los Pirineos, el temor y la desconfianza las amedrentaron. Querían resistir, mas las liberalidades de Anibal apaciguaron la cólera de sus gefes, y los Cartagineses llegaron á las orillas del Ródano sin encontrar ningun obstáculo. Los Volseos le disputaron el paso de este gran rio. El combate fue terrible, mas el astuto Cartaginés tuvo la destreza de envolver el ejército enemigo, y aquellas tribus se vieron obligadas, despues de grandes pérdidas, á dispersarse en los pueblos vecinos.

Paso de los Alpes. Un ejército romano bajo las órdenes de Corn. Scipion esperaba á los Cartagineses cerca de Marsella. Anibal lo evitó, subió la orilla derecha del Ródano y llegó á la confluencia de este rio y del Isere despues de cuatro dias de marcha. En este estrecho canton fue elegido árbitro por dos hermanos que se disputaban la soberanía. Se declaró en favor del mayor, y recibió de él víveres y vestuarios para sus soldados, quienes iban á tener gran necesidad de ellos. Siguiendo los consejos de este nuevo aliado, volvió á bajar hácia el mediodía, pasó el Duranzo, y subió este torrente hasta el pié de los Alpes.

Esto sucedía en los últimos dias del mes de octubre. Al aspecto de estas terribles montañas todas cubiertas de nieve y de hielo, y pobladas de hombres medio salvajes, faltó el ánimo á sus soldados. Anibal, para reanimarles, les preguntó si tenían á la vista los diputados de los Boyenos; si pensaban que hubieran pasado estas montañas volando por el aire como los pájaros, y si los vencedores de Sagunto no tendrían valor para hacer lo que habian hecho los Galos. Estas palabras les electrizaron; pero apenas comenzaron á trepar las primeras eminencias, apercibieron los montañeses de pié sobre las rocas y prontos á destruirles. Era preciso pues luchar á la vez contra el enemigo y contra las dificultades del camino. Los caballos se encabritaban, los hombres resbalaban; todos se chocaban y se arrastraban tras sí unos á otros en los precipicios. En fin, despues de nueve dias de

fatigas increíbles, el ejército llegó á la cumbre de los Alpes. En ella descansó dos dias. Anibal, para consolar á sus soldados extenuados, les mostraba desde aquellas alturas los magníficos valles del Po y de los Alpes, y á lo lejos el sitio en que debía estar Roma, que era la presa que les habia prometido.

La bajada fue muy embarazosa. « El reverso itálico de los Alpes se encontró mucho mas pendiente y corto que el otro. No eran sino tramos estrechos y resbaladizos que apenas se atrevían á bajar, andando á tientas con los piés y agarrándose á las malezas. De repente se encontraron detenidos por un hundimiento de tierra que habia formado un precipicio de mil piés. No habia medio de avanzar ni de volver atras; habia caido nieve sobre la del invierno anterior. La primera, pisada por tantos hombres, se deshacia sobre la otra y formaba una congelacion; los hombres no podían sostenerse, las bestias de carga rompían el hielo y permanecían estancadas como en un lazo. Preciso fue abrir un camino en la peña viva, empleando el hierro y el fuego (4). »

Batalla del Tesino. El ejército, al llegar á la Gália cisalpina, sobre el territorio de los Taurinos, estaba reducido á veinte y seis mil hombres: doce mil infantes africanos, ocho mil Españoles y seis mil caballos numidas. Anibal habia contado con la defeccion de los Galos. Mas despues de las promesas que habian hecho á sus emisarios, su posición habia cambiado. Se habian librado del yugo de los Romanos por la derrota de Manlio en la selva de Mutina, y estaban poco dispuestos á comprometer su independencia pasando bajo un estandarte extranjero. Anibal, con el objeto de sacarles de su apatía, atacó bruscamente á los Taurinos, castigó severamente á Turino (Turin), su capital, y marchó despues contra los Insubrios. A pesar de todos estos ataques, ninguna tribu se movía.

En estas circunstancias, el ejército romano mandado por Corn. Scipion llegó cerca del Tesino. Habia dejado la Gália transalpina para ir á atacar á Anibal á la bajada de los Alpes. Comprendiendo el general cartaginés que el suceso de esta

(4) Michelot.

primera accion tendria una gran influencia sobre el espíritu de los Galos, arengó á sus soldados, les recordó la tiranía de Roma, y les mostró la Italia como la recompensa de su victoria. La caballería sola se batió. Los soldados de caballería romanos no pudieron resistir á estos feroces Numidas, cuyos caballos, rápidos como el rayo, no llevaban silla ni freno. El cónsul fue herido y derribado á tierra, mas el valor de su jóven hijo le salvó la vida.

Batalla de la Trebia. Los Insubrianos, inmediatamente despues de esta victoria, se apresuraron á dirigir sus felicitaciones á Anibal y á ofrecerle tropas y viveres. Dos mil infantes y trescientos caballos abandonaron el campo romano para ponerse bajo sus tiendas de campaña. Los Boyenos hicieron tambien su sumision. Habiendo querido los Anamanos guardar la neutralidad, asoló todo el país que se extiende entre el Po y la Trebia. Scipion permanecia tranquilo espectador de todos estos desastres, mas su cólega Sempronio creyó que habia de vengar á los fieles aliados de los Romanos. Pasó pues la Trebia con un ejército de treinta y ocho mil hombres, y cayó en los lazos que Anibal le tendió. Treinta mil Romanos quedaron en el campo de batalla, y Anibal solo perdió cuatro mil Galos auxiliares. Los Cisalpinos tuvieron casi todo el honor de esta gran jornada.

Desde entonces todos los Galos se unieron á Anibal, y sus fuerzas ascendieron en algunos dias á noventa mil hombres. Los nuevos aliados hubieran querido marchar inmediatamente sobre Roma, ó á lo menos vivir del pillaje en las ricas llanuras de la Etruria y de la Ombria. A sus instancias Anibal tomó el camino del país de los Etruscos, mas uno de esos frios huracanes que se levantan durante el invierno en los Apeninos le obligó á volver atrás. Los Galos creyeron que era una traicion, y que queria dominar sobre su país. Tramaron su pérdida; y para trastornar sus maquinaciones, todos los dias cambiaba de traje y de tocado, mostrándose tan pronto bajo la figura de un jóven, tan pronto bajo la de un viejo. Estos groseros disfraces contuvieron á sus enemigos, y les imprimieron una especie de terror supersticioso.

Batalla de Trasimena (217). Al fin del invierno pasó el Apenino, y se dirigió hácia Arecio por el camino mas corto. Este camino atravesaba desgradaciamente pantanos que lo hacian impracticable. El ejército permaneció durante cuatro dias y tres noches metido en el agua y el barro, sin descansar ni dormir. Anibal, á caballo sobre el último elefante que e quedaba, perdió un ojo por la fatiga de las vigalias y la humedad de las noches. Durante este tiempo, Roma estaba consternada. Prodigios siniestros habian esparcido el espanto por todas partes. Se decia que algunas adargas habian sudado sangre, que en los alrededores de Ancio habian cortado espigas ensangrentadas, y caido del cielo piedras ardientes. El caballo del cónsul Flaminio se puso á temblar cuando le montó, y despues le echó por tierra. Todos estos presagios que asustaban al pueblo no cambiaron ni un solo instante los designios del cónsul. Este formó su ejército en batalla cerca del lago Trasimeno en la Toscana, y empeño el combate. Fue tan violento el choque de los dos ejércitos, que no se percibieron de un temblor de tierra que trastornó ciudades enteras, y cambió el curso de muchos rios. Flaminio quedó en el campo de batalla con quince mil Romanos; hubo otros tantos prisioneros. El pretor Pomponio comunicó al pueblo esta triste noticia sin rodeo ni disfraz. *Hemos sido vencidos, dijo, en un gran combate; el ejército ha sido derrotado completamente; Flaminio ha muerto. Deliberad acerca de lo que exigen la conservacion de Roma y la vuestra.*

Dictadura de Fabio. Esta noticia, dice Plutarco, cayendo en medio de la multitud como un viento impetuoso sobre un vasto mar, amedrentó á Roma. Recurrieron á la dictadura, y confiaron este empleo á Fabio Maximo, quien eligió por general de caballería á Lucio Minucio. Principió por apaciguar los dioses irritados poniendo en el suelo sus estatuas delante de un banquete solemne (*lectisternium*), prometiéndoles una primavera sagrada (*ver sacrum*) (1) y una celebracion pom-

(1) Era una ofrenda de todo el ganado que habia nacido desde el 4º de marzo hasta el 1º de mayo.

posa de los juegos escénicos. Cuando tranquilizó de este modo al pueblo, marchó contra Anibal, quien se habia retirado al Piceno; y adoptó un plan de campaña que hizo le llamasen el *Temporizador*. Solamente acampaba en las alturas, hostigaba al enemigo en sus marchas, descansaba siempre que Anibal permanecia en su campo, evitaba toda accion general, y pretendia vencer á los enemigos dejándoles debilitarse y extinguirse por si solos, como una llama que carece de alimento.

Mas el ejército romano, que veia todos los dias devastar las tierras de los aliados y oía las quejas y clamores de estos desgraciados, no podia comprender lentitud tan fria. Se oyeron pues sordos murmullos y palabras violentas de indignacion. Los soldados preguntaban á los amigos de Fabio si el dictador iria en breve á perder su ejército en el cielo ú ocultarle en las nubes. Cuando vieron que Anibal no talaba sus tierras, le recelaron de traicion despues de haberle acusado de cobardía. Las burlas y sospechas aumentaron luego que Anibal, encerrado en un valle, para salir de este mal paso, no tuvo necesidad sino de amedrentar las guardias romanas lanzando contra ellas bueyes que llevaban en sus cuernos fajinas encendidas. El pueblo tomó parte en el desprecio de los soldados, y no temió ultrajar á Fabio, igualando á él á su teniente Minucio.

Este, orgulloso con aquella distincion inaudita hasta entonces, se apresuró á justificar por alguna accion esclarecida todos los discursos arrogantes que mucho tiempo antes habia resonar en los oídos de los soldados. Anibal le atrajo á una emboscada, y todo su ejército iba á perecer, cuando Fabio fué á su socorro: *Es un hombre valiente, dijo, que ama á su patria: socorrámosle. Si ha faltado por apresurarse demasiado á arrojar al enemigo, le corregiremos mas tarde.* Anibal se vió precisado á retirarse delante de los dos ejércitos reunidos. El Cartaginés dijo entonces sonriendo á sus amigos: *Bien sabia yo que esa nube que estaba en las montañas se abriria un dia, y haria caer sobre nosotros una violenta borrasca.*

Batalla de Cañas (216). Esta bella accion restableció el crédito de Fabio. Minucio le llamó su padre, y la patria le saludó

como su salvador. Habiendo renunciado poco despues su encargo, crearon dos cónsules, quienes siguieron el mismo plan de campaña que Fabio. Pero el pueblo, cansado de ver la Italia asolada por los enemigos, honró con el consulado á Terencio Varron, cuya conducta y carácter han sido criticados acaso con demasiada severidad por Tito Livio. Era de nacimiento oscuro. Su padre fue carnicero, y en su infancia habia cortado y llevado acuestas la carne. Sus talentos le elevaron sucesivamente á los empleos de cuestor, de edil y de pretor. El pueblo le eligió cónsul, porque en él encontraba todas sus ideas y sentimientos. Se apresuró pues á justificar la confianza de la multitud yendo á atacar á Anibal á las orillas del rio Aufide, en las vastas llanuras de Cañas, en Apulia.

Le han acusado de presuncion porque fue desgraciado. Mas viéndose á la cabeza de un ejército casi doble del de Anibal, ¿no estaba el honor nacional comprometido en que empeñase el combate y pusiese un término á todos los males que pesaban sobre los aliados de la república? La gran desgracia fue que el patricio Paulo Emilio, su coléga, tenia las mismas opiniones y designios que el *Temporizador*. Esta division perdió al ejército. Las tardanzas de Paulo Emilio excitaron el humor impetuoso y ardiente de Varron, que fue víctima de los estratagemas de Anibal. El astuto Cartagines tuvo la maña de ponerse al abrigo de un viento impetuoso y abrasador que levantaba el polvo del campo y cegaba á los Romanos. Este fue menos un combate que un exterminio. Paulo Emilio quedó en el campo de batalla con sus dos cuestores, ochenta senadores, algunos consulares, veintiun tribunos legionarios y una multitud de caballeros.

Vuelta de Varron á Roma. «No se puede admirar demasiado, dice Plutarco, la magnanimidad y dulzura de los Romanos en la conducta que observaron con respecto á Varron. Cuando este cónsul volvió á Roma en un estado de confusion y de abatimiento, despues de la derrota mas humillante y desastrosa que hubo experimentado aun, el senado y el pueblo fueron á recibirle á las puertas de la ciudad; y luego que hubo silencio, los magistrados y principales senadores,

entre quienes se hallaba Fabio, le alabaron por no haber des-
esperado de la república en calamidad tan grande, y por
haber vuelto á ponerse á la cabeza de los negocios para eje-
cutar las leyes y gobernar los ciudadanos, que no creia per-
didos absolutamente (1). ■

§ II. Desde la batalla de Cañas hasta la muerte de Asdrubal
(216-207).

*Estado de las fuerzas de Anibal despues de la batalla de Ca-
ñas. Dejádme tomar la delantera con mi caballeria,* decia á
Anibal el impetuoso Maharbal el dia siguiente de la batalla
de Cañas, *y de aqui á cinco dias cenareis en el Capitolio.* Se
ha repetido muchas veces, segun Tito Livio, que Anibal no
supo aprovecharse de la victoria; mas no se ha comprendido
cuánto este ilustre general habia sido debilitado por todas sus
victorias. Solo le quedaban veinte y seis mil hombres, y Ca-
ñas estaba á ochenta y ocho leguas de Roma. Los Samnitas,
los Lucanios, los Brucios y los Griegos se declararon, es ver-
dad, sus aliados, mas con la condicion expresa de no derra-
mar á torrentes por Cartago la sangre que habian prodigado
en favor de Roma. Por otra parte, los reveses que experi-
mentó inmediatamente despues de la gran victoria delante de
la ciudad de Nápoles y bajo los muros de Nola, prueban que
hubiera fracasado infaliblemente al pié del Capitolio.

Embajada de Magon á Cartago. Anibal, sintiendo su debi-
lidad, volvió sus ojos hácia Cartago. Envió allí su hijo Ma-
gon, quien esparció en medio del senado una medida de an-
illos de oro cogidos á los caballeros romanos muertos en el
campo de batalla. Al verlos el gefe del partido opuesto á los
Barcas, dijo con una desconfianza irónica: *Si Anibal es ven-
cedor, no necesita socorros; si es vencido, nos engaña y no los
merece.* El pueblo de Cartago tambien temia los triunfos de
Anibal, porque recelaba que despues de haber vencido á
Roma, esclavizaria su patria. No obstante, la faccion barci na

(1) Plutarco, trad. de Ricard.

consiguió lo que deseaba, y se decidió que enviarían á Italia
dinero, cuatro mil Numidas y cuarenta elefantes.

Anibal en Capua. Mientras llegaba este socorro, Anibal
fue á tomar cuarteles de invierno á Capua, y permitió que su
ejército descansase de las fatigas en el seno de las delicias de
esta ciudad opulenta. Se ha repetido muchísimas veces des-
pues de Tito Livio, que los goces afeminados de Capua y de
la Campania enervaron el valor de Anibal y de su ejército.
El heroismo de sus valientes veteranos, que volveremos á en-
contrar en Zama, su actividad personal que durante diez y
seis años tuvo en alarma á todos los cónsules, y su política
sagaz que desde el centro de la misma Capua removi6 todo el
universo, hé ahí otros tantos hechos que protestan contra
todas aquellas declamaciones. Su descanso solo fue aparente;
porque mientras internaba en Capua, excitaba sublevaciones
en Cerdeña, atraía á su alianza los Siracusanos, hacia pro-
meter á Felipe de Macedonia le enviase á Italia doscientos
navios, y llamaba del interior de España á su hermano As-
drubal. Desgraciadamente esta cuádruple guerra que revela
todo su genio fracasó por falta de unidad.

Cuádruple guerra (215-211). Entregado Anibal á sus solas
fuerzas, ya no pudo ejecutar en Italia ninguna grande em-
presa. Todos sus esfuerzos se limitaron á sitiar ciudades, á
combates parciales y á estratagemas que hicieron conocer
toda la fecundidad de sus recursos, sin dejarle hacer nada que
fuese digno de su primera fortuna. Marcelo y Fabio, despues
de diversos combates, le obligaron á salir de la Campania, y
á huir hácia el mar Superior hasta Arpi (215). Pasó todo el
invierno al rededor de esta pequeña plaza, aguerrió sus tro-
pas por medio de frecuentes escaramuzas, y volvió á entrar
con audacia en la Campania para socorrer á Capua, embestida
entonces por dos ejércitos consulares. Intentó sin suceso sor-
prender á Nápoles, Puzzola, Nola y Tarento, y con un puñado
de soldados tuvo en alerta en el centro de Italia á catorce le-
giones, dando de este modo á sus aliados tiempo para atacar
al enemigo por diferentes puntos.

Pero ninguno de ellos se aprovechó de esto. Habiéndose

embarcado Felipe III, rey de Macedonia, ocupó Orica en las costas de Epiro, perdió tiempo en sitiarse Apolonia, y así permitió que los Romanos armasen contra él una flota de ciento veinte galeras. Al frente de fuerzas tan imponentes, no tomó ninguna de aquellas precauciones que prescribía la prudencia. Fue sorprendido por el general romano Valerio, quien encerró su escuadra en el río del Aous, la quemó, y le obligó á retirarse á Macedonia. El cónsul victorioso sublevó contra él por medio de sus emisarios á los Ilirios, Ateniensés é Italianos, y le hizo aceptar en 205 un tratado de paz que preparaba la ruina de Macedonia y de Grecia, proporcionando á los Romanos una entrada en estos reinos (1).

También la Sicilia se había declarado en favor de los Cartagineses; mas á la muerte de Hieron la guerra civil estalló en todas partes. Gerónimo, gran tirano de Siracusa, fue condenado á muerte. En fin, habiendo prevalecido el partido de los Cartagineses, Roma encargó al cónsul Marcelo atacase á los Siracusanos y sitiase su ciudad. El ingenio de Arquimedes la defendió por espacio de dos años. Sus máquinas desconcertaron todos los esfuerzos de los sitiadores y les llenaron de un terror supersticioso. Él destruía la flota romana arrojando sobre ella piedras que pesaban seiscientas libras, ó bien la quemaba reflejando sobre sus buques la luz y el calor por espejos concéntricos. Cuando los soldados apercebían un nuevo objeto sobre las murallas, se fugaban exclamando que era aun una invención de Arquimedes. Sin embargo la constancia romana sorprendió la ciudad en el alborozo de una fiesta. Arquimedes estaba tan preocupado de la solución de un nuevo problema, que no oyó ni el ruido de la ciudad que sucumbía, ni la palabra del soldado que le ordenaba seguirle para ir á encontrar á Marcelo. El Romano, tomando su silencio por un desden, sacó su espada y le mató. La figura de la esfera inscrita en el cilindro y grabada sobre una pequeña columna, tales fueron el monumento fúnebre y el epitafio de este grande hombre.

(1) Véase mi *Compendio de la historia antigua*, 2ª edición.

Esta victoria devolvió la Sicilia á los Romanos, mas en España sufrieron grandes reveses. Después de haber desbaratado todos los proyectos de Magon y de Asdrubal consiguiendo sobre ellos cuatro victorias, habiendo excitado los Scipiones á Siphax, uno de los reyes de Numidia, para que se sublevase contra Cartago, esta empresa sacó á los mismos Cartagineses de su apatía. Se asociaron á Masinisa, hijo de otro rey numida, batieron por sus armas á Siphax, y enviaron un nuevo ejército á España. Los Celtíberos y los Suesetanos abandonaron al momento la alianza de los Romanos para unirse á los Cartagineses. Entonces los Scipiones, envueltos por fuerzas superiores á las suyas, sucumbieron uno después de otro con todos sus soldados. Era asunto concluido, la España estaba perdida eternamente para los Romanos, si Scipion el jóven, hijo de Cornelio, no hubiese ido al momento á las orillas del Ebro para llamar allí la fortuna de la república (211).

Anibal marcha contra Roma (211). Al mismo tiempo Anibal concibió y ejecutó el proyecto mas atrevido. Se creía que estaba abatido y trastornado, cuando de repente se levantó amenazador y terrible, sorprendió á Tarento, la segunda capital de la Italia meridional, sometió de nuevo todos los pueblos de la Lucania y del Brucio, dejó á los Romanos al rededor de Capua, volvió á entrar en la Italia central y marchó contra Roma. Pensaba que Apio, asustado de este ataque, levantaría el sitio de Capua, y esperaba que después de haber hecho temblar á los Romanos en sus muros, encontraría su cónsul en el camino y le derrotaría. En efecto, permaneció cinco días en el campo romano, esparciendo en rededor de sí el terror y la devastación. Cuando creyó que Apio estaba en marcha, se apresuró á ir á su encuentro; pero la constancia romana desconcertó aun esta vez todos sus cálculos. Apio permaneció en sus atrincheramientos, y los Romanos se vanagloriaron de haber puesto en almoneda pública el campo sobre el cual acampaba Anibal cerca de Roma, y de haberlo vendido sin que perdiese nada de su valor.

Reveses de Anibal (211-208). Despues de esta campaña, que admiró á todos los grandes capitanes, Anibal experimentó muchos reveses. Capua abandonada abrió sus puertas á los Romanos. Acabó, dice Michelet, como habia vivido. Despues de un banquete voluptuoso donde se sumergieron en las delicias que iban á dejar, los principales ciudadanos hicieron circular un brebaje que habia de sustraerles á la venganza de Roma (211).

Poco despues Fabio volvió á tomar Tarento, pero manchó la victoria con sus crueldades. Treinta mil Tarentinos fueron vendidos como esclavos. Los estratagemas de Anibal le indemnizaron de todas sus pérdidas, haciéndole obtener brillantes victorias sobre el cónsul Marcelo. Le sorprendió en un reconocimiento, y le hizo perecer con los principales oficiales de su ejército. *Bravo soldado*, dijo al ver su cadáver, *pero pobre capitán*. La posteridad ha ratificado este juicio en despecho de las adulaciones de Plutarco, quien llama á Marcelo *la espada de Roma*, y el temporizador Fabio *su escudo* (208).

Asdrubal pasa á Italia (207). A pesar de estas ventajas, el grande hombre comprendia que le era imposible permanecer en Italia con las tropas que tenia. Deseaba ardientemente la llegada de su hermano Asdrubal. Este, de quien Polibio hace un gran capitán, habia sido detenido hasta entonces en España por la espada victoriosa de Publ. Scipion. Pero despues de esfuerzos heróicos, se escapó de las manos de su rival, tomó el camino de Italia que le habia abierto doce años antes su hermano Anibal. En dos meses pasó los Pirineos y los Alpes, y entró en la Cisalpina con cincuenta y dos mil combatientes. Roma hubiese sucumbido, si este temible ejército se hubiera unido al que estaba en el medio de la Península; mas en lugar de marchar rápidamente hácia su hermano, Asdrubal perdió el tiempo en el sitio de Placencia, y permitió así á los dos cónsules Liv. Salinador y Claudio Neron reuniesen contra él sus ejércitos en las orillas del Metauro.

Batalla del Metauro (207). Allí se trabó la batalla. Sabiendo Asdrubal que los dos cónsules estaban reunidos,

dedujo de ello que su hermano habia sido muerto, y pensó mas bien en retirarse que en batirse. Su incertidumbre y abatimiento introdujeron el desórden en el ejército. Sus soldados, extenuados por el calor, la fatiga y el hambre, se dejaron derrotar. Segun Tito Livio, cincuenta y cinco mil hombres quedaron en el campo de batalla con su general, y seis mil fueron hechos prisioneros. Al dia siguiente de esta victoria Neron volvió al Brucio con mas celeridad que la que empleó para salir de él. Hizo arrojar en el campo de Anibal la cabeza de su hermano. A su vista el ilustre Cartaginés se contentó con decir *que reconocia la fortuna de Cartago*. Se apresuró á levantar el campo y á reconcentrar todas sus fuerzas en el Brucio, al sur de Italia.

§ III. Desde la derrota de Asdrubal hasta el fin de la segunda guerra púnica (207-201).

Carácter de Publio Scipion. En el último período de la segunda guerra púnica todas las miradas se dirigieron sobre Publio Scipion. El reconocimiento del pueblo romano exaltó de tal modo á este héroe, que su vida ha venido á ser en manos de la fama una leyenda poética. Así es que se complacieron en rodear su nacimiento de maravillas que hicieron de él una especie de divinidad. Él mismo hablaba con gravedad de su origen celestial, y hacia creer á sus soldados que se decidia en todo segun el consejo de los dioses. A la edad de veinte y dos años se atrevió á pretender la dignidad de edil. Como los tribunos le ponian objeciones acerca de su juventud: *Tengo edad bastante*, respondió con orgullo, *si los Romanos quieren elegirme*. Despues de las últimas derrotas de su padre y de su tío en España, no atreviéndose á pedir el mando de ésta provincia, se presentó y fue elegido, á pesar de no tener mas que veinte y cuatro años (214).

Sus hazañas en España (214-205). Principió por un golpe atrevido que le mereció la estimacion y confianza de

todo el ejército. En lugar de perder sus fuerzas en una multitud de combates parciales, salió de las orillas del Ebro sin decir á nadie adónde iba, y llegó bajo los muros de Cartagena despues de siete dias de marcha. Predijo á sus soldados el día y la hora en que entraria en aquella ciudad poderosa, y no falló á su palabra. Su bondad para con los vencidos le atrajo de tai manera el corazon de los Españoles, que se prostraron delante de él y le saludaron en su admiración con el título de rey. Despues batió á los ejércitos que habian vencido y muerto á su tio y á su padre, y redujo las posesiones de los Cartagineses en España á la sola ciudad de Gades (1), hoy Cadiz. Despues de todos estos triunfos volvió á Roma para pedir la dignidad de cónsul.

Oposicion de Fabio contra Scipion (205). Este grande hombre estaba persuadido de que para vencer á Anibal y Cartago, era preciso llevar la guerra á Africa. No cesaba de repetirlo, y sus discursos entusiasmaban al pueblo. El temporizador Fabio se mostró, como era natural, enemigo de este atrevido proyecto. Sus palabras y diligencias ganaron todos los patricios á su opinion; mas el pueblo le acusó de celos, y dió al nuevo cónsul por departamento la provincia de Sicilia con el derecho de pasar á Africa, si lo juzgaba ventajoso á la república.

Esta misma oposicion persiguió á Scipion hasta en su provincia. Solamente le dieron treinta galeras, le rehusaron el dinero necesario para su empresa, y le prohibieron levantar tropas. Cuando se supo que los pueblos de la Etruria se habian alistado bajo sus banderas, y que una infinidad de voluntarios aumentaron su ejército, se le acusó en pleno senado. Habia corrompido, decian, la disciplina del ejército y enervado el valor de los soldados, y tolerado las atroces crueldades del tirano Pleminio en Locres, paseándose por el gimnasio en mulas y con capote griego, olvidando así á Anibal y su ejército. Una comision fue enviada á Siracusa, para

(1) Véase acerca del estado de España en esta época la *Geografía histórica* del autor, 1.^a Sección, período romano.

hacer una informacion acerca de todas estas acusaciones. Scipion, por toda respuesta, mostró á los enviados del senado su flota, los inmensos almacenes, sus numerosos soldados, y dió en seguida la señal de partida.

Pasaje de Scipion á Africa (204). Fue dichosa la travesía. La flota romana llegó á Africa y desembarcó en el Bello Promontorio. Scipion inauguró su expedicion por una alianza con Masinisa, rey de los Numidas, y por el bloqueo de Utica. En breve tuvo que referir á los Romanos las hazañas mas brillantes. Asdrubal y Siphax, rival de Masinisa, habiendo reunido sus fuerzas, pegó fuego á su campo que estaba hecho con chozas de junco y de paja, y quemó su ejército en una noche. Despues de haber obtenido una nueva victoria en la jornada de las *Grandes Llanuras*, encargó á Masinisa persiguiese á Siphax y conquistase toda la Numidia. Siphax cayó en poder de su rival, y Scipion pudo desde entonces contar con el apoyo de todos los Numidas.

Llamamiento de Anibal (202). Para colmo de infortunio los Cartagineses supieron que Megon, que habian enviado á Italia para socorrer á Anibal, se dejó batir en el pais de los Insubros. Desesperados por tantas derrotas, se decidieron á llamar á Anibal. El enemigo irreconciliable de los Romanos tembló al recibir esta noticia, con tanta indignacion como el desterrado que se ve obligado á abandonar su patria. Pero antes de su partida dejó á los Italianos terribles despedidas. Hacia mucho tiempo que tenia á todos sus aliados sujetos por el temor, vertiendo la sangre de los que querian abandonarle. Habia echado los habitantes de Herdoneo y quemado su ciudad, devastado todos los llanos del Brucio y destruido las plazas que no pudo conservar. Para coronar todas estas obras de sangre con una nueva maldad, elevó una columna, sobre la cual grabó todas sus hazañas, y degolló en su rededor los mercenarios italianos que rehusaron seguirle. Despues se hizo á la vela, dirigiéndose á la pequeña Syrta, y llegó á Africa donde le esperaban como á un salvador.

Batalla de Zama (202). Vino á acampar á Zama, á cinco leguas de Cartago por la parte del Poniente. Antes de batirse

tuvo una entrevista con Scipion, en la que le dirigió palabras de paz: *Os cedemos, le dijo, la Sicilia, la Cerdeña y España: el mar nos separará; ¿qué mas os es necesario?* Preciso era al cónsul romano el honor de haber vencido á Anibal, y se hubiera avergonzado de volver á entrar en Roma sin haberse batido con él. Anibal, obligado á combatir, imaginó un órden de batalla cuyas sábias combinaciones excitaron la admiracion del mismo Scipion. Mas la suerte se declaró en favor de Roma contra Cartago, y á pesar de todo el genio de su general los Cartagineses fueron vencidos.

Tratado de paz. Scipion victorioso fijó las siguientes condiciones: Cartago conservará sus leyes y lo que posee en Africa, entregará los prisioneros, los tráfugas, todos sus navíos, excepto diez, todos sus elefantes, sin poder domar otros en el porvenir; no hará la guerra, ni aun en Africa, sin el permiso de Roma, y no podrá levantar mercenarios extranjeros; pagará diez mil talentos en cincuenta años, indemnizará á Masinisa y le recibirá como aliado.—En Cartago, un senador se atrevió á hablar contra estas condiciones; Anibal le echó de la tribuna. Como el pueblo murmuraba: *Siempre he vivido en los campos, dijo el rudo soldado, é ignoro los usos de vuestras ciudades.* Despues probó la necesidad de someterse.

« Los embajadores partieron para Roma. *Si hubiesen querido oírnos á Hannon y á mí, decia uno de ellos, no estaríamos aquí para implorar vuestra piedad.—¿ Por qué dioses juráis este tratado?* pregunto un senador.— *Por aquellos,* respondió Anibal, *que han castigado tan cruelmente nuestro perjurio.* El senado aceptó las condiciones suscritas por Scipion, y ordenó á dos faciales fuesen á Africa con las piedras santas, las verbenas y la planta sagrada que brota en el Capitolio. Scipion recibió cuatro mil prisioneros, numerosos tráfugas que hizo crucificar ó decapitar, y quinientos navíos que hizo quemar en alta mar á la vista de Cartago. El tributo fue lo último que se entregó. Anibal, viendo el dolor que causaba á los Cartagineses separarse de su oro, se puso á reir. *Era menester llorar, dijo, cuando nos quitaban los navíos y las armas; el*

menor de vuestros males es el que os cuesta mas lágrimas (1). » Scipion, despues de haber dado el título de rey y los Estados de sus antepasados al Numida Masinisa, volvió á Lilibea, y fué á Roma á gozar del triunfo mas espléndido. Le dieron el renombre de Africano, y mandaron que su estatua, colocada en el templo de Júpiter y adornada con el vestido triunfal y la corona de laurel, fuese llevada en triunfo todos los años en dicho día.

(1) Duruy, *Historia de los Romanos*, 1, pág. 468-469.